

y vecinos de dichas plazas, y que la diputación tenía contra sí los indicios de haber retirado sus habitantes armados, y de no suministrar la menor noticia de los movimientos del enemigo.» Imposible, pues, en vista de tal concordancia negar lo que afirmó Godoy, y fácilmente se comprende que el gobierno ocultase su movimiento separatista que tan grandes consecuencias hubiera podido tener en la frontera del Pirineo de hacerse pública.

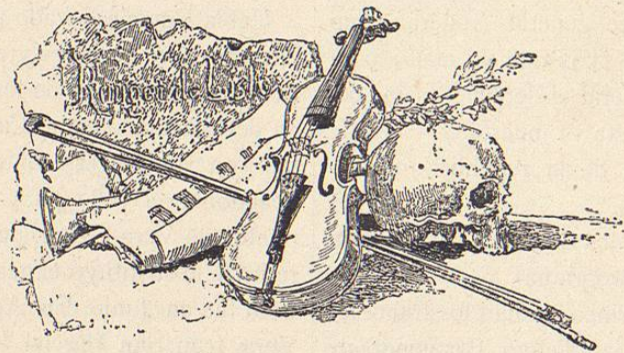
Claro está que dada esta disposición de ánimo de la provincia, el ejército había de desmoralizarse no encontrándose sostenido en ninguna parte y que los franceses no tuvieron mucho que hacer para apoderarse de Tolosa. Pero al pasar á Navarra fué ya otra cosa. Aquí la deslealtad no les abría el paso.

Los días 16 y 17 de Octubre la sangre corrió abundante por uno y otro lado, y los nuestros aunque inferiores en número pudieron contener el avance sobre Pamplona. Estos fueron los últimos combates del año, y el 29 de Noviembre volvía el

ejército español á sus antiguos acantonamientos. Esto es, la derecha en los Alduides, Orbaceita y Eugui, el centro en Ulzama, y la izquierda en Lecumberi y Arnaiz.

Si la campaña había sido desgraciada por lo mal atendida que fué, pues, nunca tuvimos en línea de batalla las mismas fuerzas que los franceses, el patriotismo se ensancha al ver que en medio de nuestra decadencia todavía el valor del soldado español era bastante á defender durante dos campañas la línea de los Pirineos y conseguir en una tercera campaña que nos ocupará en otro lugar que el enemigo no pudiera desprenderse de sus breñas.

Francia y la república habían triunfado. Seamos justos. Las circunstancias favorecieron grandemente su triunfo, pero sin el patriotismo y al entusiasmo de los republicanos y el genio de Carnot, el triunfo hubiera sido de los de la coalición que constantemente probaron cuan grande es la fuerza de un ejército acostumbrado á la disciplina militar.



CAPITULO XI

MUERTE DE ROBESPIERRE

Carnot hace aceptar por el Comité de salvación pública que en lo sucesivo no se procesará á ningún representante del pueblo.—Muerte de Condorcet.—Opinión de Saint-Just.—Concéntrase la justicia revolucionaria.—El terror en Bedoin: Suchet.—Las ejecuciones en París: muerte de Epremesnil, Thouret, Lechapelier y Malesherbes.—Muerte de Lavoisier y de la hermana del rey.—Carnot propone á los dos comités la acusación de Robespierre.—Hermann comisario de policía: consecuencias.—La fiesta del Sér Supremo.—Resultados y consecuencias de la misma dentro y fuera de Francia.—Tentativas de asesinatos contra Robespierre.—Sus resultados: muerte de Sombreuil.—Jornada de las camisas rojas.—Catalina Theot: inhumana política del Comité de seguridad general.—Pretenden Robespierre y Couthon reformar el procedimiento del Tribunal Revolucionario.—La Convención terrorizada lo aprueba.—Billaud-Varennes protesta en el comité de lo hecho por Robespierre.—La Convención se revota á propuesta de Merlin de Douai dejando en pie lo más infame del decreto.—Robespierre y Couthon presentan sus excusas.—Despecho de Robespierre.—Sus resultados.—Muerte de Guadet, la Salle, Petion, Buzot y Barbaroux.—Número de sentencias de muerte decretadas por el Tribunal Revolucionario.—Robespierre decide extremar el terror.—Muerte del general Beauharnais y de Chenier.—Robespierre se presenta en los Jacobinos y acusa á los indulgentes.—Acusa á Barere.—Payan convoca á los comités revolucionarios.—Iténtase una reconciliación en el seno de los comités.—Couthon denuncia á Carnot á los Jacobinos.—Los jacobinos acuden á la Convención contra Carnot.—Robespierre se presenta en la Convención y ataca á Cambon.—Cambon se defiende y ataca á Robespierre.—Billaud y Barere le apoyan.—Robespierre retrocede.—Es aclamado por la noche en las Jacobinos.—Billaud y Collot acuden allí á combatirlo.—Tienen que escapar.—Organízase la insurrección.—El 9 thermidor.—Opónese Robespierre.—Los comités no quieren tampoco la lucha.—Conspiración parlamentaria contra Robespierre.—Sesión de la Convención.—Prisión de Robespierre y de sus amigos.—Barras es nombrado comandante de la guardia nacional.—Robespierre en libertad.—Niégase á dar su nombre al movimiento revolucionario.—Ataca la Convención á la Comuna.—Robespierre herido y preso.—Actitud de Robespierre y de Saint-Just.—Se guillotina en masa la Comuna de París.—Efectos de la muerte de Robespierre.—Juicio de este hombre: E. Martín.



La liberación del suelo de la República de la presencia del extranjero, ocurría en los mismos momentos en que la república se libraba de un enemigo no menos terrible, del terror. Si Francia deseaba poner término al odioso espectáculo de una guillotina permanente en cada pueblo, los representantes de ese mismo pueblo sentían cada día más la necesidad de precaverse contra la facilidad con que se les enviaba la muerte, y esta necesidad en donde más se sentía era en el seno del comité en donde hemos visto que las amenazas de

muerte no se escaseaban. La de Danton y demás amigos suyos pareció un colmo, y el mismo día de la ejecución de Danton, Carnot formuló la moción, y el comité, no sabemos si aterrorizado ó avergonzado, la aprobó. En lo sucesivo, pues, no se debía decretar la acusación de representante alguno del pueblo. Con esta medida no se ponía fin al terror pero se indicaba claramente que era un sistema perjudicial á la república y desde este momento se podía reclamar en favor de todos los ciudadanos el beneficio de la vida que le concedían los represen-

tantes del pueblo. Si así se hubiese hecho, Condorcet, reconocido y preso el 6 de Abril, no se hubiese sustraído á la guillotina por medio del veneno, cuando tantos y tan grandes servicios hubiera podido aún prestar á la república por su talento y patriotismo.

Saint-Just, la alma negra de Robespierre, estaba tan lejos de inclinarse á un cambio de sistema que precisamente pedía entonces que se fuera inexorable con la aristocracia, y si transigía con que no hubiese más guillotina que la de París, lo que era concentrar el terror, reducirlo á una sola cabeza, y, por consiguiente, más fácil de matarlo, en modo alguno pasaba porque la guillotina dejase de funcionar con la mayor celeridad posible.

Era esta concentración de la justicia política indispensable, aún cuando fué necesario establecer excepciones en favor del Oeste y del Norte en donde la guerra fomentaba los manejos contrarrevolucionarios porque en la reprensión se había ido demasiado lejos en todas partes. Los horrores de Lyon, Tolon, Nantes y Angers no podían consentirse. En el Vaucluse, en Bedoin, amaneció un día cortado el árbol de la libertad y arrancado los edictos de la Convención. El comandante de las fuerzas de aquella región, el hijo de un fabricante de sederías de Lyon, voluntario de 1792 que había de ganarse en España el título de duque de Albuféra y el bastón de mariscal de Francia, Suchet, pidió un testigo ejemplar. Bedoin fué entregado á las llamas después de evacuado y sesenta y tres de sus habitantes fueron condenados á muerte. Y como si esto no fuera bastante el tribunal de Orange todavía dictó trescientas treinta y una condenas de igual clase.

Resultaba, además de concentrarse todas las causas políticas en los tribunales de París, que el gran número de víctimas ilustres que se veía pasar por sus calles en las funestas carretas, víctimas todas ellas de delitos de opinión, cuando había delito, si no clamaban venganza, clamaban el fin de un sistema de gobierno que aniquilaba todo lo que en la nación había de más distinguido en ciencias, artes, letras, guerra, política y hasta en virtudes cívicas.

¿Cómo sufrir que tras los girondinos y los dantonistas se viera el 20 de Abril marchar á la muerte á veintiún antiguos miembros de los parlamentos de París y de Tolosa por haber protestado en 1789 de los decretos de la Constituyente, reformando la magistratura; y que el 22 llevara una carreta de gente escogida de hombres y mujeres de la alta nobleza al patíbulo, á Eprenesnil, Thouret y Lechapelier, y á Malesherbes y toda su familia lo que era como dice

Martín, un verdadero parricidio? Pues todavía quince días después entre veintiocho antiguos arrendadores de las rentas públicas, no todos exentos de culpas, y ninguno de agiotajes y atropellos, se llevó al gran químico Lavoisier á la muerte que tanto hizo para aplicar la química al análisis y reconstitución de los cuerpos de la naturaleza con ventajas inmensas para la higiene y salud pública, y como si esto no fuera bastante, al otro día, esto es, el 8 de Mayo, era ejecutada la hermana de Luís XVI, Elisabeth, crimen monstruoso que hasta el mismo Robespierre quiso evitar y que exigió Collot d' Herbois, cuando no se podía acusar á aquella señora de más delito que ser hermana del rey y odiar la revolución.

Todas estas víctimas y otras muchas que no citamos por brevedad, tenían á Carnot en un estado de irritación permanente, llegando al extremo un día, desesperado por la crueldad de Saint-Just á quien llamó dictador ridículo, por proponer á los dos comités la acusación de Robespierre que estuvo á punto de decretarse, pues en el Comité de seguridad general no tenía Robespierre mas que dos amigos y partidarios, David y Lebas. Por esto, por lo que de él recelaba, creó el comisariato general de policía que confió á Hermann, y dicho se está que si con esta medida se aseguraba, por lo que daba á entender, indisponía en su contra al comité que se veía claramente objeto de su desconfianza.

Mas no olvidemos que en medio de esta orgía de sangre presentó Couthon el proyecto de fiesta en honor del Sér Supremo, y que en su apoyo decía Robespierre el mismo día de la muerte de Lavoisier:—«La idea del Sér Supremo y de la inmortalidad del alma, es un llamamiento continuo á la justicia; es, pues, social y republicana. Los cultos han de ser libres, con tal que no turben el orden público, pues sin violencias ni persecuciones, llegarán todas las sectas á confundirse en la Religión universal de la naturaleza.»

Decretóse la fiesta para el próximo 2 de prairal, y los fundamentos de la misma fueron los siguientes:

«El pueblo francés reconoce la existencia del Sér Supremo y la inmortalidad del alma.

»Y reconoce que el culto digno del Sér Supremo es la práctica de los deberes del hombre.»

Los jacobinos fueron en corporación á felicitar á la Convención por este decreto y Carnot que presidió la recibió recordando aquella máxima de la antigüedad «que si un poco de filosofía lleva al ateísmo, mucha filosofía hace reconocer la existencia de

la divinidad. Pues negar al Sér Supremo, equivale á negar la existencia de la naturaleza, pues que son las leyes de la naturaleza, más que la sabiduría suprema!

»La impresión producida por el discurso y por el decreto de 18 floreal fué muy grande en Francia y en Europa, pero muy diversa. Muchos fueron los que en Francia aplaudieron las grandes ideas y las eternas verdades recordadas por Robespierre. En el exterior, los mismos enemigos de la revolución, los gobiernos extranjeros se sorprendieron de la vuelta de Francia á concepciones de orden y de organización. Mas por otro lado se levantaron fuertes aprehensiones, creyéndose ver una religión del Estado opresora en nombre del deísmo, de la misma manera que se había oprimido en nombre del catolicismo. Había asustado el carácter que se había dado al proceso de Chaumette y de Gobel. En vano Robespierre había en sus discursos reservado á los individuos la libertad de creer ó de no creer; sus actos estaban en contradicción con sus palabras. Ni Chaumette, ni Gobel habían conspirado, ni menos antes que ellos Anacarsis Clootz; en realidad fueron llevados á la muerte por ateísmo y no por conspiración, el exobispo Gobel lo era todo menos ateo, y se le vió marchar á la muerte rezando.

»Hay, en el *Contrato social* de Rousseau, un pasaje importante, tomado de la *República* de Platon, en el que se dice que se puede condenar á muerte á los ateos como enemigos de la sociedad. En esta máxima que Rousseau hubiese borrado de haber previsto la aplicación, se creía ver el verdadero pensamiento de Robespierre. Así se decía que, un culto cualquiera, impuesto en nombre del Estado, era contrario á la libertad de conciencia, y que por otra parte no era posible levantar el principio religioso con las manos ensangrentadas; que no se podía después de diez y ocho siglos de Evangelio volver á los tiempos de Moisés.»

Todo esto es exacto, y la reflexión de E. Martín acertada. En política las mejores ideas no fructifican por ser las mejores, sino son además las más convenientes, y en aquellos momentos en que la clemencia parecía borrada de la tierra, hablar de Dios y de religión parecía un sacrilegio para todos los creyentes, tanto más cuanto que, en el discurso que en ocasión de la fiesta pronunció Robespierre, se encargó de hacer presente, que si aquel era un día de fiesta y de expansión, al otro día continuaría la obra de exterminar á los tiranos.

Robespierre presidió la fiesta y si en el cortejo llegó á presentarse como pudiera presidirlo un em-

perador, no fué porque el se adelantase á todos, sino porque era ya para todos un objeto de horror. Los que debían seguir á su lado eran precisamente los que habían ya discutido si se debía pedir ó no su cabeza á la Convención.

La fiesta fué espléndida, aparatosa, teatral, como todas las de aquel tiempo; David fué quien lo dispuso, y el sitio en que se celebró, el jardín de las Tullerías. Sin embargo, la alegría y el entusiasmo faltó. Si en aquel día Robespierre en nombre del Sér Supremo hubiese proclamado una amnistía, su dictadura lo hubiera sido de verdad, pero en aquellas circunstancias su presunción debía perderle. Cuando la fiesta terminó, Robespierre salió convencido de la necesidad de un gran golpe, para que el odio que inspiraba no se hiciera sentir sobre su cabeza. En efecto, en el cortejo oficial lo mismo que en el público resonaron gritos de fuera y muera el tirano y el dictador. Hubo quien le dijo que no bastándole ser el amo ahora quería ser Dios. Otros le llamaron durante todo el día el gran sacerdote. En fin, en su oído resonaron las palabras de que «todavía había Brutos,» lo que le quería decir, que los dos que había en la Conserjería, por lo mismo que no eran los primeros tampoco serían los últimos.

En efecto, en la noche del 22 al 23 de Mayo un empleado llamado Ladmira! resolvió matar á Robespierre y como no diera con él quiso indemnizarse con Collot d' Herbois que escapó á su puñal. Dos días después una muchacha de unos veinte años, Cecilia Renault, se presentaba en casa de Robespierre, mas como inspirara sospechas porque le faltaba la serenidad y valor de una Corday, se la detuvo y registró, encontrándosele encima varios pequeños cuchillos. En su interrogatorio negó que hubiese querido matar á Robespierre, pero confesó «que quería ver como era hecho un tirano.»

Naturalmente se acumularon los procesos de Ladmira! y Cecilia, y como se había osado atentar contra el amo, y Cecilia era una realista fanática, se dió tan grandes proporciones al asunto, que se decretó todo obra de Inglaterra, y en su consecuencia la Convención decretó la guerra á cuchillo á Inglaterra, ordenando que no se hiciesen prisioneros ingleses, y aún cuando se probó que no tenía Cecilia cómplices, se mandaron con ella y Ladmira! á la muerte á cincuenta infelices de todas clases y rangos, y entre ellos Sombreuil que si pudo escapar de la Abadía, gracias al heroísmo de su hija cuando los asesinatos de Setiembre, ahora no lo pudo proteger contra el patíbulo.

Pero el Comité de seguridad general que dispuso